

UN “SISTEMA LUMINOSO” PARA EL AMA DE CASA. AVATARES DEL DISCURSO DE LA RACIONALIZACIÓN DEL ESPACIO Y EL TRABAJO DOMÉSTICO EN ARGENTINA, 1930-1960

Inés Pérez
CONICET-UNMP

Resumen

El discurso de la racionalización del trabajo doméstico tuvo su origen en los Estados Unidos, en un escenario en el que diferentes mujeres buscaron distintas soluciones para disminuir tiempo y esfuerzo implicados en las tareas del hogar. A pesar de que las propuestas fueron diversas, buena parte de ellas se apoyaron en un rediseño del espacio del hogar, y en particular de la cocina. Las más cercanas a las de la taylorización de las tareas de la casa y a la racionalización del espacio doméstico fueron las que tuvieron mayor éxito. En la Argentina, los motivos de la racionalización ganaron fuerza desde mediados de los años treinta en distintos espacios discursivos, alcanzando un punto cúlmine en los años cincuenta. En este artículo exploro los avatares sufridos por ese discurso al llegar al medio local y las transformaciones que se le imprimieron en textos construidos para públicos diferentes, utilizando un *corpus* constituido por distintas publicaciones. Este artículo busca ser un aporte al estudio de la historia del trabajo doméstico, a partir del análisis de uno de los discursos que ha buscado regularlo en un período en que las condiciones materiales en las que era realizado cambiaron profundamente.

Palabras clave

Trabajo doméstico - espacio doméstico – género - racionalización

Abstract

The discourse of Housework rationalization was first developed in the United States, in scenery in which many Women were looking for ways of reducing time and effort spent in it. Although their proposals were diverse, most of them implied new designs of the domestic space, and particularly of the kitchen. The most successful ones were those which were closer to the taylorization of Housework. In Argentina, the motifs of rationalization gained relevance since the 1930s in different discursive spaces. In this article, I explore the vicissitudes of this discourse when it reached the Argentinean public, and the transformations it suffered in texts addressed to different readers, through the analysis of a corpus constituted by a variety of publications. My major aim in this article is to make a contribution to the history of Housework, studying one of the discourses that tried to regulate it in a period in which its material conditions changed deeply.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

Key Words

housework – domestic space – gender – rationalization

Recibido con pedido de publicación el 11/10/11
Aceptado para su publicación el 13/11/11
Versión definitiva recibida el 28/11/11

INES PEREZ es Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Actualmente se desempeña como Becaria del CONICET y docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Ha publicado artículos en distintas revistas académicas nacionales e internacionales, así como diversos capítulos de libros. Sus investigaciones versan sobre género, familia, trabajo doméstico y modos de habitar en la segunda mitad del siglo XX.

Introducción

No es posible hablar de ciencias domésticas en el sentido moderno, sin nombrar las conquistas logradas en los Estados Unidos (...). Cada paso dado por el ama de casa mientras realiza su trabajo es medido y contado por relojes especiales. Cada trabajo es analizado, el trabajo de ambas manos es observado y cada movimiento inútil es anulado según la posibilidad. Los caminos y rodeos que da el ama de casa mientras trabaja son marcados con un sistema luminoso. Se trata de agrupar más ventajosamente los centros de trabajo, y se miden los caminos de la nueva distribución. Con aparatos especiales se mide la cantidad de oxígeno que necesitan los pulmones y la actividad cardíaca durante las tareas, para comprobar el grado de cansancio. Igualmente es observada la posición del cuerpo, la altura de la mesa y el proceso de la marcha del trabajo.

Alicia Lobstein, *365 días sin servicio doméstico*¹

El texto que hace las veces de epígrafe de este artículo es un fragmento de un manual de Economía Doméstica publicado en Buenos Aires en 1959. *365 días sin servicio doméstico* tenía como intención ahorrar tiempo y trabajo a la “última sierva: el ama de casa.” Allí se describían conocimientos útiles y métodos para ganar eficiencia en el desarrollo de las tareas domésticas. Si de acuerdo a este manual, “todo hogar bien dirigido, allá por el 1900, era en realidad una pequeña fábrica sin especialización y basada en principios casi medievales”, cincuenta años después se estaba viviendo una “época revolucionaria” en el hogar, que podría aliviar el esfuerzo diario que implicaba el trabajo doméstico.² Puntualmente, se sostenía allí que, a diferencia de la generación de madres y suegras, las mujeres modernas tenían una ventaja “...sabemos ¡pensar! Por eso ahora nos sentamos a idear planes y ahorrar esfuerzos. Con la grandiosa ayuda de la técnica y nuestro talento de organización, bregaremos por aliviarnos del peso de las tareas domésticas”.³

La imagen de la revolución en el hogar vinculada al ingreso de la técnica al ámbito doméstico era sumamente fuerte en la época. La tecnificación del espacio doméstico es un fenómeno común a los países occidentales durante la segunda posguerra. El cambio en las condiciones materiales del hogar es un elemento central para comprender las transformaciones del trabajo doméstico ocurridas durante el siglo XX.⁴ A pesar de que las críticas que ha despertado⁵, es

¹ Alicia Lobstein. *365 días sin servicio doméstico. Una charla sobre cuestiones domésticas... que no quiere ser un libro más*. Buenos Aires, Sudamericana, 1959; p. 71.

² Estas expresiones fueron tomadas de las páginas 11 a 17 de la obra de Alicia Lobstein. *Ibidem*.

³ *Ibidem*; p. 17.

⁴ Susan Strasser. *Never done: A History of American Housewife*. New York, Pantheon Books, 1982; Ruth Schwartz Cowan. *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave*. New York, Basic Books, 1983; Donald MacKenzie y Judy Wajcman (Ed.). *The Social Shaping of Technology: How the refrigerator got its hum*. Philadelphia, Open University Press, 1994.

un lugar común sostener que la producción masiva y la estandarización de distintos productos para el hogar permitió reducir el trabajo, “*liberar a las familias, sobre todo a las mujeres, y abrir posibilidades para extender un mejor nivel de vida a una proporción mayor de la sociedad*”.⁶

En Argentina, el trabajo doméstico cambió de modo sustancial a lo largo del siglo XX, en el marco de una transformación sustancial en las condiciones materiales en las que era realizado.⁷ El manual de Lobstein representa un mojón en dichas transformaciones. Si desde fines del siglo XIX se desarrollaron distintos discursos que buscaron “educar” al ama de casa, éste es quizás el primer manual de Economía Doméstica escrito y editado en Argentina que retoma centralmente los preceptos de la racionalización del trabajo para pensar las tareas domésticas.⁸ Seriar el trabajo, desmembrar los movimientos en otros más simples, medir el tiempo, las distancias y la energía utilizadas en las distintas tareas diarias aparecen aquí como indicaciones clave para aliviar las tareas de la casa, estructurados en buena medida en torno del cambio del espacio doméstico y, en particular, de la cocina.

Dichos elementos se enmarcan en una identificación del hogar con la fábrica (y en un consecuente re-diseño del espacio doméstico), así como en el traslado de las lógicas de productividad –en particular aquellas vinculadas al taylorismo- de uno a otro ámbito. En buena medida, el texto se apoya tanto en la propia experiencia de la autora como en investigaciones realizadas en los Estados Unidos, a las que accedió gracias a una profusa correspondencia con universidades norteamericanas especializadas en esta materia. En efecto, como veremos, la referencia a los “adelantos” producidos en ese país resulta recurrente en los textos que retoman los motivos de la racionalización. Esas referencias no son casuales. El discurso de la racionalización tuvo su origen en los Estados Unidos, en un escenario en el que diferentes mujeres habían ideado distintas soluciones para disminuir el trabajo doméstico. Sus diseños iban desde la fragmentación de cada movimiento en la búsqueda de eliminar los tiempos muertos, a la planificación de casas sin cocinas, en las que el trabajo doméstico de

⁵ Joann Vanek. “Time Spent in Housework”, en *Scientific American*. Vol. 231, I. 5, 1974; Michael Bittman, James Mahmud Rice y Judy Wajcman. “Appliances and their impact: the ownership of domestic technology and the time spent on household work”, en *The British Journal of Sociology*. Vol. 55, N°3, 2004.

⁶ Denise Lawrence-Zúñiga. “Condiciones materiales de la vida familiar”, en David Kertzer y Marzio Barbagli. *La vida familiar en el siglo XX. Historia de la familia europea*. Vol. 3, Barcelona, Paidós, 2004; pp. 53-54.

⁷ Inés Pérez. “Vida familiar, género y modos de habitar: experiencias y representaciones de la tecnificación del hogar (Mar del Plata, 1940-1980)”. Tesis del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Nacional de Quilmes, defendida en junio de 2011.

⁸ José F. Liernur. “El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)”, en *Entre pasados*. N° 13, 1997; Marcela Nari. *Políticas de maternidad y maternalismo político. Buenos Aires, 1890-1940*. Buenos Aires, Biblos, 2004.

varios hogares era realizado en espacios públicos entre varias personas, reduciendo así el tiempo utilizado individualmente.⁹

A pesar de esta diversidad, las propuestas que tuvieron mayor repercusión fueron las más cercanas a las de la taylorización. En particular en la Argentina, los motivos de la racionalización ganaron fuerza desde mediados de los años treinta. ¿Cómo fueron los caminos a partir de los que ese discurso se instaló en el país y cómo se transformó en el medio local? ¿Qué modificaciones sufrió en el salto entre distintos espacios discursivos con lectores potenciales de distintas características? ¿Cómo se buscó interpelar a las amas de casa que podían adoptar esos preceptos para cambiar sus propias prácticas?

En este texto, exploro estos interrogantes a partir de un corpus constituido por distintas publicaciones, entre las que incluí tanto revistas del campo de la Arquitectura¹⁰ como publicaciones dirigidas a mujeres.¹¹ A partir de estas fuentes rastreo los vínculos intertextuales así como los giros que adquirió el discurso de la racionalización en textos destinados a públicos diferentes. Dichos giros se caracterizaron por el cambio de registro, la inclusión de nuevos elementos textuales y la utilización de tópicos propios de otros géneros discursivos: en los textos del campo de la arquitectura, el discurso de la racionalización adoptaba elementos del género técnico; en textos destinados a mujeres, se teñía de una retórica rosa que lo vinculaba, ya a los cuentos de hadas, ya al relato romántico.

El trabajo doméstico y la figura del ama de casa han recibido escasa atención en la historiografía latinoamericana.¹² Los estudios disponibles

⁹ Dolores Hayden. *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods, and Cities*. Cambridge and London, The MIT Press, 1981; June Freeman. *The making of the modern kitchen: A Cultural History*. Oxford, Berg, 2004.

¹⁰ Puntualmente tomé la revista *Nuestra Arquitectura y Revista de Arquitectura*. *Nuestra Arquitectura y Casas y jardines* –revista de decoración que también fue analizada– fueron editadas por la misma empresa y compartieron, además, algunas figuras claves como la de Norberto Muzio. Sobre Revista de Arquitectura y *Nuestra Arquitectura*, ver las entradas correspondientes en Fernando Aliata y Francisco Liernur (Comp.). *Diccionario de Arquitectura en la Argentina: Estilos, obras, biografías, instituciones, ciudades*. Buenos Aires. Clarín, 2004, Tomo 4; pp. 201-205; Tomo 5; pp. 175-178. Tomé, además, algunas publicaciones no periódicas detalladas oportunamente.

¹¹ Entre estas últimas, incluí publicaciones dirigidas a un público femenino, tanto revistas femeninas (*Para ti*, *El Hogar* y *Claudia*, que estaban entre las revistas más populares del período), como distintos manuales de Economía Doméstica y *Casas y jardines*, la primera revista de decoración del país. Para una descripción más completa de estas publicaciones y del mercado editorial del período, ver Noemí Girbal-Blacha y Diana Quatrocchi-Woisson. *Cuando opinar es actuar: revistas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1999; Paula Bontempo. “*Para ti*: el cuerpo de la mujer moderna (1922-1928).” Tesis de la Maestría en Historia, Universidad de San Andrés, 2006; Isabella Cosse. “*Claudia*: la revista de la mujer moderna en la Argentina de los años sesenta (1957-1973)”, en *Revista Mora*. Vol. 17, N° 1, 2010; pp. 1-22. Los manuales analizados son detallados al final del artículo, junto con las fuentes citadas.

¹² Katharine French-Fuller. “Gendered Invisibility, Respectable Cleanliness, The Impact of the Washing Machine on Daily Living in Post-1950 Santiago, Chile”, en *Journal of Women's History*. Vol. 18, N° 4, 2006; p. 79.

han mostrado fuertes correspondencias con las transformaciones observadas en los Estados Unidos y Europa, pero también –y centralmente– han puesto de relieve una serie de peculiaridades en la adopción de las tecnologías y los artefactos vinculados a la tecnificación del hogar y a las transformaciones en el trabajo doméstico.¹³ Este artículo se propone como un aporte para este campo, a partir del análisis de uno de los discursos que han regulado el trabajo doméstico, buscando transformar las prácticas diarias de las amas de casa, en un período en que las condiciones materiales en las que ese trabajo era realizado cambiaron profundamente.

El artículo se compone de dos apartados centrales. En el primero, se presenta una breve genealogía del discurso de la racionalización del trabajo doméstico y se analizan los textos del campo de la Arquitectura en los que en la Argentina tuvo un primer eco. En el segundo apartado, se analizan las transformaciones que sufrió al ser tomado en textos pensados para un público femenino. La serie de relaciones intertextuales se cierra, como sostenía Diurij Tinianov, con una parodia.¹⁴ En el final del artículo, volveremos sobre un texto que hiperboliza tanto los preceptos, como los resultados y los conflictos a los que dicho discurso dio lugar, poniendo en un primer plano sus desiguales apropiaciones por técnicos y profanas.

Hogares racionales para amas de casa eficientes

*Las casas son hechas para el descanso de los hombres; habría que construirlas también para el trabajo de las mujeres.*¹⁵

Hacia fines del siglo XIX, el trabajo doméstico comenzó a ser un tema de preocupación entre distintas mujeres que, a partir de su reorganización, buscaban reducir tiempo y esfuerzo implicados en él. *The American Women's Home: on Principles of Domestic Science* de Catherine Beecher, que fuera publicado por primera vez en Estados Unidos en 1869, es uno de los primeros antecedentes en esta búsqueda.¹⁶ En la obra de Beecher la noción de “eficiencia” era central, aunque el modo en que era definida, así como los consejos

¹³ Ver Sandra Aguilar. “Cooking Modernity: Nutrition Policies, Class and Gender in 1940s and 1950s Mexico City”, en *The Americas*. Vol. 64, N°2, 2007; Anahí Ballent. “El arte de saber vivir. Modernización del habitar doméstico y cambio urbano, 1940-1970”, en Néstor García Canclini (Coord.). *Cultura y comunicación en la ciudad de México*. México, Grijalbo, 1998; Barbara Weinstein. “Unskilled Worker, Skilled Housewife: Constructing the Working-Class Woman in São Paulo, Brazil”, en John D. French y Daniel James (Ed.). *Gendered Worlds of Latin American Women Workers*. Durham and London. Duke University Press, 1997.

¹⁴ Diurij Tinianov. “Sobre la evolución literaria”, en Tzvetan Todorov (Comp.). *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México, Siglo XXI, 1991.

¹⁵ De Roover. “La cocina moderna”, en *Nuestra Arquitectura*. Septiembre de 1956; p. 59.

¹⁶ Catherine Beecher y Harriet Beecher Stowe. *American Women's Home, on Principles of Domestic Science*. New Brunswick, New Jersey y Londres, Rutgers University Press, 2002.

para alcanzarla, remitían al orden más que a los elementos que ganarían centralidad en el discurso de la racionalización.¹⁷

En las décadas finales del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX, también emergió una línea de reflexión en torno del trabajo y el espacio doméstico de corte más radical. Charlotte Gilman Perkins y otras pensadoras feministas con una fuerte influencia del socialismo utópico, como Ebenezer Howard y Alice Constance Austin, diseñaron distintos prototipos de casas sin cocinas y cocinas comunitarias, que buscaban socializar el trabajo doméstico.¹⁸ Ahora bien, si el trabajo doméstico era una preocupación común de estas pensadoras, no todas apelaron a las mismas soluciones.

En la década de 1910 se produjo un giro en los discursos provenientes del campo de la Economía Doméstica. Christine Frederick, también norteamericana, fue la autora de una serie de artículos publicados a partir de 1912 en el *Ladies' Home Journal*, bajo el título de "The New Housekeeping" y, más tarde, de dos libros sumamente influyentes: *The New Housekeeping: Efficiency Studies in Home Management*, de 1913, y *Household Engineering: Scientific Management in the Home*, de 1919.¹⁹ Profundamente atraída por las propuestas tayloristas sobre la administración científica del trabajo "productivo", Frederick propuso analizar cada una de las tareas domésticas con el fin de racionalizarlas y estandarizarlas.

Las propuestas para cambiar el trabajo doméstico estaban fuertemente marcadas por las miradas de las distintas autoras sobre el lugar de la mujer en la sociedad. Mientras Gilman Perkins propugnaba por la posibilidad de que las mujeres desarrollaran un trabajo a cambio de un salario, que les permitiera ganar autonomía frente a los varones, la preocupación central de Frederick era que el exceso de trabajo del ama de casa disminuyera sus aptitudes como esposa y madre.²⁰ Como ha observado Mary Nolan –y como se desprende del epígrafe de este apartado–, los discursos vinculados a la racionalización del trabajo doméstico reforzaron la división sexual del trabajo, en la que las amas de casa eran las responsables de estas labores.²¹

El éxito de estas propuestas tampoco fue el mismo: la obra de Frederick tuvo una repercusión mucho más sustancial que las propuestas más radicales. Sus ideas tuvieron un fuerte predicamento entre sus congéneres contemporáneas, en buena medida gracias a la llaneza del lenguaje con el que las esbozó y a la difusión que ganó por

¹⁷ Witold Rybczynski. *La casa: historia de una idea*. Buenos Aires, Emecé, 1991; June Freeman. *The making...*, cit.

¹⁸ Dolores Hayden. *The Grand Domestic Revolution...*, cit.; p. 183.

¹⁹ Christine Frederick. *The New Housekeeping: Efficiency Studies in Home Management*. New York, Doubleday, Page & Company, 1913; Id. *Household Engineering: Scientific Management in the Home*. Chicago, American School of Home Economics, 1919.

²⁰ Dolores Hayden. *The Grand Domestic Revolution...*, cit.; June Freeman. *The making...*, cit.

²¹ Mary Nolan. "Housework Made Easy": The Taylorized Housewife in Weimar Germany's Rationalized Economy", en *Feminist Studies*. Vol. 16, Nº 3, 1990.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

medio del *Ladies' Home Journal*. Frederick era maestra de escuela y escribió todos sus textos en un modo accesible a las mujeres de clase media norteamericanas. No obstante, su influencia no terminó allí. Sus ideas también fueron reconocidas en el campo de la arquitectura norteamericana y europea. La obra de Frederick fue rápidamente traducida al alemán e incorporada al pensamiento socialista sobre el lugar de la mujer y al diseño de la arquitectura *avant-garde*.²²

En la Argentina, la preocupación por el trabajo doméstico era un tópico recurrente desde fines del siglo XIX y desde principios del XX su transformación había sido considerada central entre quienes buscaban defender los derechos de las mujeres. Las primeras décadas del siglo XX fueron escenario del crecimiento de la disciplina de la Economía Doméstica, obligatoria en la educación de las niñas desde la sanción de la ley 1420 en 1884. La creación por parte de Cecilia Grierson – primera médica egresada de la Universidad de Buenos Aires– de la Escuela Técnica del Hogar en 1902 reforzó dicho crecimiento, expresado en la publicación de gran cantidad de manuales escolares, así como de distintos artículos en revistas especializadas. En esos años, las indicaciones se centraban en la administración del hogar y en la crianza de niños sanos y fuertes.²³

Para los años veinte y treinta, la Economía Doméstica se había consolidado como disciplina y los discursos de la profesionalización del trabajo doméstico habían alcanzado las revistas femeninas de circulación masiva.²⁴ Más allá de sus posibilidades de materialización, condicionadas social y regionalmente, la promesa de la incorporación de nuevas tecnologías y energías limpias al ámbito doméstico generaba nuevas expectativas y un nuevo imaginario en relación a las tareas del hogar. Como señalara Marcela Nari, “el ama de casa electrificada y feliz fue aceptada como prototipo, menos angustiante, de la nueva mujer.”²⁵ El discurso de la racionalización tuvo sus primeros receptores en este contexto, en figuras como Alejandro Bunge o Elisa Bachofen. En 1928, Bunge sostenía que:

*Existe ya un verdadero taylorismo doméstico, técnica de la cual se podrá tomar mucho bueno adaptándola a nuestro ambiente. El estudio del mayor rendimiento en las tareas del hogar con igual o mayor esfuerzo es un campo virgen en la Argentina y su estudio y su práctica pueden llevar muy lejos en pocos años.*²⁶

²² June Freeman. *The making...*, cit.; p. 35; Nicholas Bullock. “First the kitchen- the façade”, en *Journal of Design History*. Vol. 1, Nº 3-4, 1988.

²³ Marcela Nari. *Políticas de maternidad...*, cit.; pp. 72-73. Ver también José F. Liernur. “El nido...”, cit.

²⁴ Marcela Nari. *Políticas de maternidad...*, cit.; Paula Bontempo. “Para ti...”, cit.

²⁵ Marcela Nari. *Políticas de maternidad...*, cit., p. 75. Ver también José F. Liernur y Graciela Silvestri. *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y culturales en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

²⁶ Alejandro E. Bunge. *La economía argentina*. Buenos Aires, Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1928; p. 86.

Sin embargo, tanto las propuestas de Bunge como de Bachofen estaban aún centradas en criterios de organización y de ahorro más cercanos a los de principios de siglo que a las nuevas ideas propias de la racionalización. En este sentido, aún cuando Bunge hablara de “taylorismo doméstico”, sus propuestas no incorporaban elementos como la seriación del trabajo, su simplificación, o la eliminación de tiempos muertos.²⁷

En cambio, este discurso fue retomado de manera más explícita y central dentro del campo de la Arquitectura, en particular en relación al diseño de la cocina. Desde los años '30 el modelo de la “cocina higiénica” comenzó a dar lugar al de la “cocina moderna”. La cocina se concebía como un espacio “eficiente”, prototipo de las cualidades que debe tener la buena vivienda. La división del ambiente en centros de trabajo respondía a la búsqueda de una economía de espacio, de tiempo y de movimientos. A partir de los años treinta, nociones como la cadena de montaje, la continuidad de las superficies de trabajo, la racionalización de los movimientos (tomadas de la organización del trabajo en las fábricas) fueron introducidas al ámbito doméstico y, en particular, a la cocina.²⁸

La cocina había sido un elemento relevante en las consideraciones de las autoras del discurso de la racionalización desde los textos de Catharine Beecher, pero ocupó luego un lugar central al llegar al campo de la Arquitectura, en particular en Europa a partir de la década de 1920.²⁹ Distintos diseños de cocinas, de artefactos y de muebles para este ambiente fueron creados en los años subsiguientes.³⁰ Adelantos técnicos de distinto orden fortalecieron la imagen de que la resolución de las tareas domésticas sería cada vez más sencilla, con lo que el ama de casa podría realizarlas y simultáneamente compartir

²⁷ En efecto, el discurso de la racionalización del trabajo doméstico, sin embargo, no tuvo en Argentina el peso que adquirió en otros países. En las campañas por la racionalización del consumo, por ejemplo, las referencias a la organización científica del trabajo doméstico prácticamente no existieron. El hogar era pensado como unidad de consumo más que como unidad de producción. Ver Natalia Milanesio. “‘The Guardian Angels of the Domestic Economy’ Housewives’ Responsible Consumption in Peronist Argentina”, en *Journal of Women’s History*. Vol. 18, Nº 3, 2006; Eduardo Elena. “Peronist Consumer Politics and the Problem of Domesticating Markets in Argentina, 1943 – 1955”, en *Hispanic American Historical Review*. Vol. 87, Nº 1, 2006.

²⁸ Alejandro Crispiani. “Transformaciones técnicas del hábitat doméstico: el sector cocina”, en Fernando Aliata y Francisco Liernur. *Materiales para la Historia de la Arquitectura*. REUN/UNLP, La Plata, 1996; p. 187.

²⁹ En 1926, Erna Meyer publicaba en Alemania *Der neue Haushalt*, en la que se sostenía el ideal moderno de la especialización funcional de los ambientes, y en la que la cocina moderna era caracterizada por la continuidad de las superficies de trabajo, por un orden visual y una estética funcional. La obra de Meyer ganó prontamente popularidad entre las agencias gubernamentales y los reformadores sociales de aquel país. Nicholas Bullock. “First the kitchen...”, cit. Otra autora de relevancia en el campo de la Arquitectura en Europa fue Lilian Gilbreth. June Freeman. *The making...*, cit.

³⁰ June Freeman, *The making...*, cit.

tiempo con su marido o cuidar de sus hijos. Devenida “núcleo” de la vida familiar en los años cuarenta y cincuenta, las ideas básicas acerca de su diseño seguían siendo aquellas desarrolladas en las décadas previas.³¹

En la Argentina, a partir de la década de 1930 la difusión de la cocina eléctrica y otros artefactos domésticos habían permitido la progresiva desaparición de muchos de los locales anexos así como la reducción de las dimensiones del ambiente de la cocina propiamente dicho, primero en los hogares de la elite y, más tarde, entre los sectores medios y populares.³² En ese contexto, ganaron relevancia las consideraciones referidas a la disminución del tiempo de trabajo del ama de casa y su observación basada en parámetros científicos (se habla incluso de “experimentos”). La medición de los tiempos de las tareas domésticas y de la permanencia del ama de casa en cada una de las habitaciones, así como las distancias recorridas en el quehacer cotidiano, eran elementos clave en el diseño de los hogares modernos.³³

En Estados Unidos el discurso de la racionalización estaba dirigido, en especial, a mujeres de sectores medios. Allí eran fuertes las referencias a la mecanización de las tareas, a partir de la incorporación de los “modernos” artefactos domésticos. En Europa, y particularmente en Alemania, en cambio, los discursos sobre la racionalización tuvieron una primera llegada dentro de un campo técnico. Más tarde, las campañas gubernamentales que tomaron sus preceptos estuvieron orientadas a las mujeres de la clase obrera, centrados en la organización científica de las tareas más que en la incorporación de nueva tecnología. En Alemania predominó una imagen de austeridad lejana al consumismo favorecido por el movimiento de la racionalización en Estados Unidos. En Argentina, en los primeros años, las referencias que aparecían en los textos especializados provenían del campo de la Arquitectura europea y estaban enmarcadas, en buena medida, en la preocupación por el abaratamiento de la construcción de viviendas a partir de su estandarización.³⁴ Más adelante, sin embargo, las cocinas modernas serían presentadas como un medio para evitar que las ocupaciones caseras fueran “*un verdadero trabajo de esclava*”³⁵ y se insistiría en la adquisición de distintos “*auxiliares de la casa*”.³⁶ Si bien este desplazamiento no sería total³⁷, el discurso de la racionalización que

³¹ David Jeremiah. *Architecture and Design for the Family in Britain, 1900-70*. Manchester University Press, 2000; p. 173.

³² Alejandro Crispiani. “Transformaciones técnicas...”, cit.

³³ Un ejemplo particularmente elocuente es: “La Casa y las Labores Domésticas”, en *Nuestra Arquitectura*, junio de 1955.

³⁴ Wladimiro Acosta. *Vivienda y ciudad. Problemas de Arquitectura Contemporánea*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1936; Andrew Steem. “Una cocina comedor modelo”, en *Nuestra Arquitectura*, noviembre de 1945.

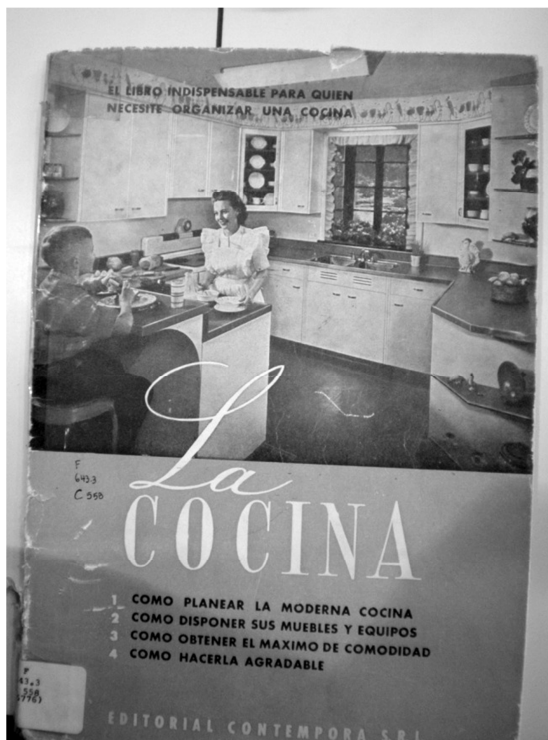
³⁵ De Roover. “La cocina moderna”, en *Nuestra Arquitectura*, septiembre de 1956; p. 59.

³⁶ “Auxiliares de la casa”, en *Nuestra Arquitectura*, enero de 1949.

³⁷ Un ejemplo de esto es Martha Schteingart y D. Fernández. *Equipamiento de interés social: la cocina*. Centro de Información para la construcción Bouwcentrum Argentina – INTI, 1974.

llegaría a textos de circulación más masiva sería más cercano a esta línea. El modelo que tuvo mayor peso fue aquel que identificara la racionalización de espacio y trabajo doméstico con una domesticidad de clase media a partir del que se incitaba al consumo de nuevos objetos, materiales, combustibles.

La importancia adquirida por el discurso de la racionalización puede ser evaluada a partir de la publicación de un libro de gran repercusión, no sólo dentro del campo de la Arquitectura, sino en otros espacios discursivos de llegada a un público más amplio.³⁸ En 1952, salió a la venta *La cocina*,



editado por Contémpora, que era presentado como “el libro indispensable para quien necesite organizar una cocina”.³⁹ Aunque el diseño racional y la eficiencia son sus imágenes dominantes, también es posible rastrear en él la presencia de elementos como la belleza, el *confort* y el *glamour*, que resultarán de suma relevancia en otros textos, imaginados para un público femenino.

Ilustración 1 - *La cocina...*, cit., cubierta delantera.

Distintas ilustraciones a lo largo de este libro alimentan dicha imagen. La elección de la foto a partir de la que está compuesta su tapa no es, en este sentido, irrelevante. En ella, en primer plano podemos ver a una mujer y un niño compartiendo una comida. Quien observa esta foto es un testigo no percibido por sus protagonistas: él y ella se miran el uno al otro; ella sonríe a quien presumiblemente sea su hijo en esta composición. Decir que ambos actores están en un mismo plano sería, de todos modos, ligeramente impreciso. Quien está en primer plano es el niño. Detrás, rodeada por los muebles, casi en el centro del escenario que completa la imagen, está ella, el ama de casa. Decir que comparten la comida, tampoco sería exacto. Mientras el niño sostiene un *sándwich*, la mujer toma dos platos: él come mientras ella sigue con sus labores. Una armónica vida familiar, en la que el ama de casa eficaz

³⁸ Este libro tuvo una amplia publicidad en la revista *Nuestra Arquitectura*, de la misma editorial, durante toda la década de 1950. Muchos de los artículos sobre la cocina publicados en esta revista durante esos años reproducían fragmentos del citado libro. Lo que resulta más interesante es que la revista *Casas y Jardines*, dirigida a un público más amplio (a un público no-técnico o profesional), también reprodujo fragmentos de este libro en los artículos dedicados a la cocina publicados durante esta década.

³⁹ *La cocina*. Buenos Aires, Editorial Contémpora, 1952, solapa delantera.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

y amorosamente realiza sus tareas, pareciera ser en este discurso el correlato directo y necesario de un diseño racional del espacio de la cocina.

Numerosos fragmentos del texto *La cocina...*, fueron retomados de manera intensa en otros espacios discursivos, algunos ideados para un lector técnico (como la revista *Nuestra Arquitectura*) y otros pensados para un público más masivo, con guiños a uno femenino (como la revista *Casas y Jardines*). Entre unos y otros, se percibe una diferencia de acento, ya en los términos técnicos, ya en el esfuerzo “pedagógico” por hacer comprensibles las ventajas de la organización racional del espacio y del trabajo. Como veremos en el próximo apartado dicha diferencia se profundizaría en las revistas exclusivamente femeninas, como *Para ti* o *Claudia*, en las que el discurso de la racionalización se fundiría con imágenes y figuras propias de los cuentos de hadas y de la novela rosa.

Hogares confortables para la reina del hogar

Las prescripciones sobre la racionalización del espacio y del trabajo doméstico también circularon en otros espacios discursivos aunque adquirieron en ellos otras connotaciones. *Casas y Jardines*, por ejemplo, incluyó en sus páginas recomendaciones para la racionalización de las cocinas desde su aparición en 1936. En estos textos, sin embargo, los nuevos artefactos y los combustibles “limpios” (en especial la electricidad y el gas, necesarios para hacerlos funcionar) eran los protagonistas, presentados como elementos de lujo al alcance de unos pocos. Para la década de 1950, la imagen de la cocina racional habría ganado un lugar clave en dicha revista. Los consejos observados a lo largo de este período no variaron sustantivamente. En efecto, hay una suerte de “reciclaje” de las descripciones de las cocinas entre los treinta y los cincuenta, lo que muestra una permanencia en la forma de pensar este espacio en un contexto en el que el público que potencialmente podía cambiar sus modos de habitar y de realizar las tareas domésticas era sustancialmente más amplio.⁴⁰

Para los años cincuenta, “cocina moderna” y el trabajo doméstico “racionalizado” eran figuras recurrentes de las revistas femeninas cuyo lector modelo era un ama de casa.⁴¹ El discurso de la racionalización

⁴⁰ Los modos de habitar “democratizados” a partir de mediados de los años cuarenta habían surgido en los veinte y treinta. Esta afirmación también es válida en lo que a los criterios para pensar la cocina y el trabajo doméstico se refiere. Ver Anahí Ballent. *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955*. Bernal, UNQ/ Prometeo, 2005.

⁴¹ “La noción de “Lector modelo” fue desarrollada por Umberto Eco en su *Lector in fabula* (1981), donde describe las estrategias, los desvíos y las “trampas” que el texto tiende a ese Lector imaginario e ideal, a partir de inferencias comunes. Es justamente en ese juego de dar pistas para la interpretación que el Modelo se constituye y se define.” La noción de lector modelo se construye sobre el supuesto del dialogismo –es decir, el hecho de que cualquier enunciado es construido teniendo un interlocutor en el horizonte–. Véase Leonor Arfuch. *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires, Paidós, 2010; p. 27.

era retomado en estas revistas, aunque era presentado de otro modo. A diferencia de lo observado en los discursos técnicos, en ellos dominaba una poética rosa de la cocina, sus artefactos y las tareas del ama de casa.⁴²

*Hace quince años esta cocina nos hubiera parecido un cuento de hadas. Hoy pertenece al confort moderno y su línea se acomoda a la exigencia de los gustos actuales. No carece de decoración una cocina moderna. Caben en su gracia las flores y las plantas, que armonizan perfectamente con el juego de las cortinas de organdí. Lavable desde el techo hasta el más escondido rincón del placard. Lavable, fácil a la limpieza. He ahí el verdadero sentido de su lujo.*⁴³

Los campos semánticos a los que se alude en la descripción de esta cocina son diversos y hasta contrastantes: el del cuento de hadas, el del gusto y el confort modernos, el de la higiene, el del lujo. El modo en que se combinan dichas referencias no es menos significativo. Lo que *antes* pertenecía al mundo de la fantasía, *ahora* es lo que “cualquiera” podría tener en la propia casa. El universo de la higiene, al mismo tiempo, es unido al del lujo. “*El sentido de su lujo*” está en su condición de “*lavable del techo hasta el más escondido rincón del placard*”.

En agosto de 1954 la revista *Para ti* publicaba un artículo que resume buena parte de los elementos condensados en la nueva cocina propuesta como ideal. Cómoda, bella, bien equipada, mecanizada y adecuadamente organizada, la cocina moderna garantizaría el bienestar de la familia y la belleza del ama de casa. “*La reina de casa no debe ser una esclava*” rezaba el título de este artículo –recuperando la misma imagen que veíamos en los textos técnicos–, en el que se analizaban las horas invertidas semanalmente por las mujeres en cada una de las tareas domésticas y se detallaban los novedosos artefactos que le permitirían a la dueña de casa ser también “*reina de su hogar*”.

Una de las cosas que más gustan a un hombre es sentir que su esposa es una verdadera reina de su hogar. Pero hay veces en que para serlo la mujer se convierte en esclava de la cocina. Y el marido no se da por enterado. La culpa no sólo es de él. La mujer no ha utilizado todas las posibilidades que le ofrece nuestro siglo para ser “reina del hogar y de sí misma (...)” “¿Qué es la cocina sino un lugar de trabajo? Pero la mujer debe colocarlo a la altura de cualquier lugar de trabajo. El hombre en la oficina tiene su máquina de escribir para hacer su trabajo más rápido. En las fábricas se estudia constantemente cómo distribuir las herramientas y las mesas de trabajo para que el obrero haga menos movimientos innecesarios y pueda producir más. En el campo el tractor es una aspiración de los agricultores. La mujer debe tener también su plan para “mecanizar” su cocina (...) ¿Qué gana al final del día? Unos cuantos

⁴² Inés Pérez. “Corazón de hojalata, hogar de terciopelo. La cocina, epicentro del mundo doméstico (Mar del Plata – Argentina, 1950-1970)”, en *Asparkia. Investigación feminista*. N° 21, Revista de la Universitat Jaume I de Castelló, España, 2010.

⁴³ “Cocinas modernas”, en *El hogar*, 2 de agosto de 1940.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

minutos para descansar. ¿Qué se evita? Malos ratos. Y si rabia menos, y descansa más, seguro que su belleza estará más radiante. Es por eso que los utensilios de cocina son verdaderas “cremas de belleza” para la mujer.⁴⁴

En este artículo se retoman algunos de los motivos del discurso de la racionalización del trabajo doméstico, pero para situarlos en un marco de referencias en el que ganan peso otros elementos. Por una parte, se compara el trabajo realizado en la cocina con el realizado en la oficina, el taller o el campo. Los artefactos domésticos son equiparados a la máquina de escribir y al tractor, y la organización del espacio de la fábrica es homologada a la que debiera haber en una cocina “mecanizada”. Sin embargo, los utensilios de cocina no sólo aparecen como herramientas de trabajo, también son presentados como “cremas de belleza”. A pesar de haber sido publicado en una revista femenina, el artículo comienza con una referencia al marido de la lectora que el discurso construye. La primera razón para dejar de ser una esclava es dar un motivo de satisfacción al “hombre” –él es el sujeto respecto del que la lectora adquiere su *estatus* discursivo de “esposa”–. Nuevamente, no se trata de un discurso aislado, sino más bien de un tono de época.

Unos años después, en 1959, Sudamericana editaba en Buenos Aires el manual de Alicia Lobstein mencionado en la introducción, que retomaba tanto el lenguaje como los criterios de la racionalización del trabajo doméstico. En este manual se dedicaba un inusual primer capítulo al diseño de la cocina. Lobstein retomaría tópicos como la organización de la cocina en centros de trabajo o el criterio ergonómico para su diseño, pero a partir de un nuevo contrato de lectura: quien enunciaba estas indicaciones era ahora un par de la lectora. Que se tratara de pares no suponía, sin embargo, que entre enunciator y lector se estableciera una relación de igualdad. La enunciativa sabía, la lectora aprendía. Hay un tercer sujeto que participaba de este discurso: la mujer tradicional, aquella que ni sabía, ni aprendía, aquella con quien se establecía un contraste, la que realizaba las tareas domésticas irreflexivamente y utilizaba, en consecuencia, un tiempo y unas energías excesivas.

Resulta interesante observar que éste es el registro en el que estaban escritas las primeras obras sobre la racionalización de la cocina y la búsqueda de un aumento de eficacia del trabajo doméstico, también obra periodistas devenidas en amas de casa. En particular, los artículos y libros de Christine Frederick fueron escritos en un registro accesible a las mujeres de clase media norteamericanas, congéneres de las autoras.⁴⁵ La similitud con la obra de Frederick, sin embargo, no termina

⁴⁴ Eduardo Kornreich. “La reina de casa no debe ser una esclava”, en *Para tí*, 17 de agosto de 1954.

⁴⁵ Ver: June Freeman. *The making of the Modern Kitchen...*, cit.

aquí. El texto de Lobstein comienza con un prefacio que retoma tanto los motivos como los tonos con los que Frederick presentaba sus libros cincuenta años antes, aunque introduciendo una nueva figura: la de la empleada doméstica ausente. Por otro lado, la estructura de *365 días...*, replica la de *Household Engineering*, tanto en los temas como en el orden de sus capítulos.⁴⁶ En este sentido, y más allá de la confluencia en los motivos a los que se apelaba en uno y otro campo, las influencias en torno del discurso de la taylorización del trabajo doméstico que aparecían aquí parecen haber provenido más del *Home Economics Movement*, que de la arquitectura racionalista.⁴⁷

Como los de Frederick y otras ecónomas del hogar norteamericanas, el manual de Lobstein incluye sugerencias destinadas a ahorrar tiempo y esfuerzo en el trabajo del hogar, que implican la experimentación y, esencialmente, el desmembramiento de distintas tareas para controlar pasos, tiempos, movimientos, gestos. Estos elementos son tomados de estudios realizados en Estados Unidos y, en particular, de publicaciones de Cleo Fitzsimmons, Directora del *Department of Home Management* de la Universidad de Purdue. Los consejos, adaptados al escenario doméstico y a la retórica del hágalo-usted-misma, se resumen en una serie de preguntas que se espera la lectora se realice a sí misma: “¿Podemos ahorrar esfuerzos evitando movimientos inútiles?”, “¿Podemos disminuir la cantidad de pasos y realizar la misma tarea?”, “¿Cómo podemos cambiar un trabajo para que se vuelva lógico y sistemático?”, “¿Cómo ordenamos los centros de trabajo para simplificarlo?”.⁴⁸

En esa clave, por ejemplo, se detallan los 39 pasos que realiza un ama de casa promedio para poner la mesa para 4 personas (entre ellos, “*ir de la cocina al armario*”, “*abrir las puertas del armario*”, “*tomar los platos*”, “*llevarlos a la mesa*”, “*caminar alrededor de la mesa, colocar los platos*”⁴⁹), contabilizando la distancia recorrida y el tiempo insumido en cada uno de ellos: 72,30 metros y 140 segundos. El “experimento” tiene su punto cúlmine en el preciso cálculo de los 79 km que el ama de casa recorre anualmente poniendo la mesa del modo habitual. La “lógica” conclusión que se propone es la de desmembrar esa tarea y buscar un método más simple, y por eso menos esforzado, de realizar el trabajo de la casa.

No hay duda de que el niño pequeño necesita de su madre y es muy probable que el niño mayor normal necesite menos del psicoanálisis, tan de moda, que de una vida familiar sana. Si se sacan conclusiones sobre la

⁴⁶ Esto resulta especialmente notable cuando se observa la peculiaridad del libro de Lobstein en relación a otros manuales de Economía Doméstica editados en el país.

⁴⁷ Sobre el *Home Economics Movement*, ver Sarah Stage y Virginia Vincenti (Eds.). *Rethinking Home Economics: Women and the History of a Profession*. Ithaca y London, Cornell University Press, 1997.

⁴⁸ *Ibidem*; pp. 74-78.

⁴⁹ *Ibidem*; pp. 72-73.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

criminalidad juvenil cada vez mayor en los Estados Unidos –donde en el año 1957 alrededor de veintidós millones de mujeres estaban empleadas–, se llega a la conclusión de que hasta ahora no fue posible encontrar un buen reemplazante para la vigilancia y cariño de una madre... En los países del norte de Europa hay modernas casas de departamentos, en las cuales los inquilinos que trabajan pueden dejar sus hijos todo el tiempo que sea necesario en un ambiente sano y bajo la vigilancia de personas especialmente preparadas. Si esta es la solución adecuada, lo sabremos sólo cuando esta generación de niños haya madurado y a su vez pueda juzgar. Hasta tanto no nos queda más remedio que organizarnos bien dentro de nuestro pequeño círculo, guiadas por nuestra conciencia y nuestra mejor voluntad.⁵⁰

Como puede observarse en el fragmento anterior, Lobstein estaba al tanto de otras soluciones que se habían ensayado o se estaban practicando en otros sitios para disminuir tiempo y esfuerzo implicados en el trabajo doméstico. En particular, conocía (y no era completamente escéptica respecto de) la propuesta de espacios comunes donde ese trabajo era profesionalizado y socializado. Sin embargo, las desalentaba por las posibles consecuencias que ellas podrían tener sobre la salud emocional de los niños y, por su intermedio, el orden social. Si las mujeres, como ella misma, querían tener un empleo fuera del hogar, debían encontrar un método para hacer el trabajo doméstico más rápido y, así, conciliar su trabajo fuera del hogar con sus responsabilidades sociales como madres.

El discurso de la taylorización del trabajo doméstico y la racionalización de la cocina tuvo su origen en una búsqueda de aliviar tiempo y esfuerzo de las mujeres que debían realizarlo. Sin embargo, sus apropiaciones dieron lugar a nuevos conflictos y, en particular, fue un medio para la expresión de las tensiones entre especialistas y profanas en torno de cómo pensar las tareas del hogar.

La primera escaramuza se desarrolló más o menos así: yo había observado que mi mujer trabajaba mucho en la casa y muy pronto se cansaba. Entonces me puse a estudiar su manera de trabajar y, al cabo de una semana, le dije: -Querida, me parece que trabajas de más innecesariamente.- Abandonó lo que estaba haciendo y me miró no sólo con los ojos, sino también con los pelos, con la nariz, con la boca, las manos, el estómago y hasta con los pies. Al punto comprendí esa mirada: “¿Tú a mí? ¿Un hombre a una mujer? ¿Un hombre enseñando a una mujer cómo debe realizar las tareas de una casa? ¿Estás loco o te has vuelto idiota de golpe o estás bromeando o estás borracho? Si no es así, ¿no te parece que sería mejor que te metieras en tus cosas para que no me vea obligada a echarte de aquí a puntapiés? (...) Algunos días después, tesonero y testarudo, y aprovechando que ella estaba internada en un sanatorio, rehíce la distribución de todas las cosas de la cocina: la sal, que era usada muchas veces en el día, la tenía mi mujer en el extremo más alejado de las hornillas; yo la coloqué al alcance de la mano. La canela, que usaba una o dos veces en el año, la tenía casi en la nariz; la coloqué

⁵⁰ Alicia Lobstein. 365 días..., cit.; p. 475.

en el lugar de la sal. Y así estaban todas las cosas. Después de la nueva ubicación, “cociné” y “lavé” y “maniobré” durante dos días para perfeccionar la distribución que había hecho. Luego, feliz por haber contribuido a su bienestar, y porque iba a regresar yo con ella y el primer hijo, fui al sanatorio. Allí le expliqué las teorías y los sistemas de la “standarización” de las tareas manuales descubiertos por hombres que habían estudiado científica y prácticamente el trabajo, para disminuir los esfuerzos del ser humano en su lucha por la vida. Le expliqué cómo da resultados asombrosos la eliminación de movimientos innecesarios, como una correcta posición para lavar papas, planchar, o cocinar; y para leer y escribir y comer y caminar, y dormir y reposar, hacen mucho bien a la salud evitando deformaciones del cuerpo, fatigas y enfermedades..., y que por todo ello había cambiado de lugar las cosas de la cocina. Mi mujer no dijo una palabra. Cruzó una fugacísima mirada y una dulcísima sonrisa con la madre. Yo las vi a ambas felices, celestiales, divinas. Había ganado, por fin, la primera batalla. Pero pocas horas después comprendí que mi mujer y mi suegra (mujeres ambas) sabían gozar infinitamente pregustando deleites de diosas.⁵¹

Este texto fue publicado por la revista *Claudia* –que se presentaba como vanguardista y que apelaba a una lectora “moderna”– en agosto de 1962. Aquí, mediante el recurso a una codificación satírica, se hacía explícito el conflicto entre distintas miradas (femeninas y masculinas) sobre el trabajo doméstico. El artículo reproducía una carta enviada por Inocencio Héctor Combi al director de la revista, una carta ficticia en la que este personaje explicaba las razones por las que había estrangulado a su mujer. Combi mató a su mujer porque se resistía a adoptar los criterios racionales de hacer las tareas domésticas, los que él, siguiendo la razón y los avances científicos desarrollados por otros varones, había ideado. Paradójicamente, la “razón” masculina sólo podía imponerse sobre las “alocadas” formas femeninas mediante la fuerza.

Consideraciones finales

Hacia fines del siglo XIX, el trabajo doméstico se constituyó en motivo de una intensa reflexión que giraba en torno de aliviar el esfuerzo y disminuir el tiempo que las mujeres ocupaban en él. Las soluciones propuestas en ese contexto fueron numerosas y muy diversas, pero coincidieron en la necesidad de rediseñar el espacio doméstico. No todas tuvieron el mismo éxito. Si algunos de los diseños más radicales fueron puestos en práctica en ciudades como Londres o Los Ángeles, los más cercanos a la taylorización de las tareas domésticas fueron más tarde recuperados dentro del campo de la arquitectura con mucha más fuerza. Por otro lado, los experimentos desarrollados por figuras como Christine Frederick también serían retomados por el *Home Economics Movement*, de notable relevancia en los Estados Unidos.

⁵¹ “Por qué maté a mi mujer”, en *Claudia*, agosto de 1962.

Un “sistema luminoso” para el ama de casa...

El discurso de racionalización de las tareas del hogar llegó al medio local en un contexto de un cambio intenso en las condiciones materiales en las que ellas eran realizabas. Arquitectos y constructores constituyeron un primer público para este discurso, enmarcado en la preocupación por estandarizar la cocina y el baño de modo de abaratar las construcciones. Sin embargo, estas consideraciones se articularon con –y en algunos casos fueron desplazadas por– la búsqueda de un aumento en la eficiencia del trabajo doméstico y de un mayor confort para el ama de casa.

Estos elementos fueron incluso más fuertes en los textos diseñados para un público más amplio, donde disminuir tiempo y esfuerzo del trabajo doméstico se tradujo en una incitación al consumo de nuevos artefactos, materiales y combustibles. En las revistas femeninas, el discurso de la racionalización adquirió, además, un nuevo tono: imágenes y motivos provenientes de los cuentos de hadas y la novela rosa se conjugaron con los imperativos de la eficiencia, creando nuevos sentidos para aquellas lectoras que potencialmente podían tomarlos para sus propias prácticas. En los textos destinados a mujeres, por otra parte, el peso de la tradición del *Home Economics Movement* fue más fuerte que en otros espacios discursivos. El registro en el que estaban escritos y el contrato de lectura que proponían retomaron en buena medida lo desarrollado en las primeras décadas del siglo por ecónomas del hogar norteamericanas.

La serie de textos que retoman este discurso se cierra con el artículo publicado en *Claudia* en 1962. La parodia pone fin a la serie. La carta de Combi culmina un circuito del discurso de la racionalización en Argentina: si en los treinta formaba parte de la imaginería del progreso, para los sesenta se había constituido en un objeto de burla. Este texto expresa, además, el conflicto entre miradas distintas sobre el trabajo doméstico: la técnica (y masculina) frente a la profana (y femenina).

El discurso de la taylorización de las tareas del hogar y de la racionalización de la vivienda otorgó una nueva visibilidad al trabajo doméstico. Lo hizo, sin embargo, a partir de un intento de maximizar el control y la estandarización de los cuerpos femeninos. La suya se inscribe en una historia más larga, que incluye otras pedagogías de lo doméstico, medulares para comprender las transformaciones en el trabajo no remunerado, que aún hoy es una actividad central en la vida cotidiana, en particular la de las mujeres. Este artículo busca ser un aporte a la construcción de esa historia.

Fuentes citadas

Libros

Alejandro Bunge. *La economía argentina*. Buenos Aires, Agencia General de Librerías y Publicaciones, 1928.

Alicia Lobstein. *365 días sin servicio doméstico. Una charla sobre cuestiones domésticas... que no quiere ser un libro más*. Buenos Aires, Sudamericana, 1959.

Catherine Beecher y Harriet Beecher Stowe. *American Women's Home, on Principles of Domestic Science*. New Brunswick, New Jersey y Londres, Rutgers University Press, 2002.

Christine Frederick. *The New Housekeeping: Efficiency Studies in Home Management*. New York, Doubleday, Page & Company, 1913.

Christine Frederick. *Household Engineering: Scientific Management in the Home*. Chicago, American School of Home Economics, 1919.

La cocina. Buenos Aires, editorial Contémpora, 1952.

Martha Schteingart y D. Fernández. *Equipamiento de interés social: la cocina*. Centro de Información para la construcción Bouwcentrum Argentina – INTI, 1974.

Wladimiro Acosta. *Vivienda y ciudad. Problemas de Arquitectura Contemporánea*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1936.

Artículos de revistas

“Auxiliares de la casa”, en *Nuestra Arquitectura*, enero de 1949.

“Cocinas modernas”, en *El hogar*, 2 de agosto de 1940.

“La Casa y las Labores Domésticas”, en *Nuestra Arquitectura*, junio de 1955.

“Por qué maté a mi mujer”, en *Claudia*, agosto de 1962.

Andrew Steem, “Una cocina comedor modelo”, en *Nuestra Arquitectura*, noviembre de 1945.

De Roover, “La cocina moderna”, en *Nuestra Arquitectura*, septiembre de 1956.

Eduardo Kornreich, “La reina de casa no debe ser una esclava”, en *Para ti*, 17 de agosto de 1954.